



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La virtud ciñe una corona de espinas, para ceñirla después de rosas. (Continuación.)—Los fantasmas.—El pescador; poesía.—La lengua.—Revista de teatros.—Esplicacion del figurin.—Esplicacion del pliego de dibujos que repartimos con el número anterior.

LA VIRTUD CIÑE UNA CORONA DE ESPINAS,
PARA CEÑIRLA DESPUES DE ROSAS.

(Continuación.)

La vista también engaña.

«Había prometido á vuestra madre ir á verla, y una promesa es para mí un sagrado que no puede quebrantarse.

«Me hallaba enferma. Me prensaba el cerebro un agudo dolor, y mis pulsos latian desacordes, y mis mejillas se ardian por la fiebre.

«Vacilando, temblorosa, y con un frio cruel interior, me dirijí á vuestra casa á la hora convenida.

«Yo nunca habia visto los sitios que habitábais, Carlos; pero os confieso que se doblaron

» mis dolores y agonías al penetrar en un suntuoso patio con galerías de mármol blanco, y pedestales, y estatuas, y todo aquello que proclama la suntuosidad y el lujo. ¿Por qué habia » elevado tan alto mis miradas?...

» Después de subir unas magníficas escaleras, empecé á cruzar habitaciones alfombradas y salones adornados con terciopelos y ricos muebles de esquisito valor y finura.

» Aquella atmósfera, impregnada de esencias, me ahogaba, me aflijia.

» ¡Él vive aquí! ¡En estos sitios que yo no tengo derecho á habitar! ¡Donde yo sería su esclava por el solo placer de que me dejase adivinar sus pensamientos para complacerle en seguida!

» ¡Oh, qué feliz sería si tuviese la dicha de haber nacido en más oscura posición todavía para poder mezclarme entre la servidumbre que le rodea!...

» ¡Yo velaría su sueño! ¡Yo rogaría de rodillas por él y le amaría en secreto, y eternamente

»conservaría mi amor para él, con tener la felicidad de que me dejaran á su lado como un sér indiferente destinado á complacerle!

»¡Cuán rico y feliz es Cárlos!... ¿Y yo he de arrebatarse tanta tranquilidad y comodidades en el hogar doméstico? ¡No; no! ¡Viva él y yo muera!...

»Sentada en un confidente de blanco damasco, con botones de oro, hacia yo estas reflexiones mientras aguardaba que me recibiese vuestra madre.

»Yo no sé cuánto número de criados me encontré al paso.

»¡Cuánta gente necesita él para vivir y no estar quizá servido! —decía yo mirando aquel infinito fausto.

»Yo haría todos esos cargos oficiosos con tal de verle á todas horas, y amarle y bendecirle. Algunas lágrimas rodaban por mis mejillas, que no me cuidé de enjugar siquiera.

»Reparé en un piano vertical de grandes dimensiones. Sobre él habia un pañuelo, arrugado todavía por la mano que le habia oprimido. Me levanté, no por curiosidad, sino porque creí era vuestro. Le desdoblé y encontré vuestro escudo y vuestras iniciales.

»¡Con qué fervor se adora lo que pertenece ó ha pertenecido á la persona que amamos!... Un pañuelo, una flor, una sortija, cualquier cosa, sin valor ninguno para los profanos, es á los que sabemos amar, una prenda de infinita valía. Parece que en todo se respira el aliento que deseamos aspirar.

»Mil veces estreché aquel pañuelo contra mi corazón, y otras tantas le llevé á mis labios; después recibió mis lágrimas y mis suspiros.

»Era la primera, y acaso última vez que estaba entre objetos que os pertenecían, y me sentía tan arrebatada como conmovida y llena de exaltación.

»Mucho trabajo me costó soltar aquella prenda otra vez; pero la idea de que el conservarla era un robo, apartó mi temblorosa mano con premura.

»Me volví á sentar y esperé largo rato. Recordé entonces que á los pobres y á los artistas, cualquiera tiene derecho á obligarles á hacer eternas horas de antesala; el que vive para servir á los demás, no debe ofenderse de ello;

»así es que no tuve un momento de impaciencia; bien es verdad que estaba en vuestra casa y en un gabinete que momentos antes habíais abandonado sin duda, porque el aroma de un excelente habano llegaba hasta mí, deleitándome; porque era el aliento que, envuelto entre humo, habíais estendido en aquella preciosa habitación.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

LOS FANTASMAS.

CUENTO.

(Conclusion.)

Entonces el desconsuelo de ella y la desesperación de él no tenían igual: por fin llegó el día de la partida, y ella quedó sin saber lo que le pasaba, y sin hacer otra cosa que llorar. Una noche en que rugía una gran tempestad, sentimos llamar á la puerta, me asomé y no vi á nadie: me volví á sentar al lado del fuego; mas pronto oímos un ruido bastante extraño y vimos pasar á Roman, que así se llamaba el mozo, envuelto en un sudario blanco. Luisa cayó desmayada, y poco tiempo después se apoderó de ella una tristeza que acabó con su vida. Esta historia referida por el mayordomo, me conmovió demasiado; yo permanecía pensativo, cuando oímos ladrar desaforadamente á uno de los perros del castillo, volvimos la cabeza, y cuál fué nuestro terror al ver cruzar entre los árboles una sombra blanca: yo que me hallaba preocupado con la historia de Luisa, creí que era una ilusión, pero todos convinieron en que era una realidad; al poco rato me retiré acosado algún tanto por el miedo, aunque traté de disimularlo á la vista de aquellos campesinos. La mañana siguiente me paseaba por los salones del castillo, cuando vi pasar una jóven de 15 años, morena, pero de lindas facciones: sus ojos negros como el azabache tenían una expresión de tristeza que hacían más interesante su figura; la seguí y fué á la casita del guarda-bosque. Pregunté si este tenía alguna hija y me respondieron que sí; pero que su aire no era de una aldeana, y que al tratarla parecía una princesa: esta relación me hizo tomar interés hacia aquella jóven; por la tarde la volví á encontrar otra vez, entablé conversación con ella, y encontré verdadero todo lo que me habían dicho. Su conversación y su trato lo envidiaría cualquier dama de la Corte.

Aquella noche, á la misma hora, pasó el fantasma, y nos sorprendió más todavía; una cabellera tan negra como el ébano caía sobre la túnica blanca: quise seguirla, pero me detuvie-

ron. Al día siguiente estuve hablando con María, que así se llamaba la hija del guarda-bosque, y tanto me gustaba su conversacion, que me creia muy feliz con estar á su lado.

Así pasamos algunos días, hasta que por fin, no pudiendo comprimir más mi pasión, y sin mirar que era hija del guarda-bosque, porque para un amor vehemente no hay clases en la sociedad, le dije que la quería con todas las veras de mi alma: ella se sonrió como no creyendo lo que la decia; pero volví á decírselo y entonces ella también me quiso. ¡Qué horas tan felices pasábamos al lado de una ventana que daba al campo! Allí le explicaba el amor que sentía por ella, y le aseguraba que algún día sería la señora del castillo: á todo esto me respondió con una amarga sonrisa de duda. Una noche estaba reunido con los criados del castillo: hacia dos noches que no pasaba el fantasma, pero aquella noche apareció y nos infundió más terror que nunca: entonces el antiguo mayordomo empezó á santiguarse y exclamó: «Para el que no crea en los aparecidos, ¿eh? A ver si no es la sombra de Luisa ese fantasma.» Una estrepitosa carcajada siguió á estas palabras: riendo algunos de ellos tal vez para disimular su miedo.

Entonces me marché, y ellos acordaron para ver si era una sombra ó nó, esperarla la noche siguiente con sus escopetas bien cargadas: yo esto lo supe despues. La mañana siguiente estuve con María, y al despedirme de ella dos lágrimas corrían por sus mejillas. ¡Qué hermosa estaba llorando! Le pregunté por qué lloraba, y me respondió que un presentimiento fatal entristecía su corazón: yo entonces participé de aquella tristeza; aquella noche no tenía gana de hablar con nadie y me retiré á mis habitaciones.

Serían las diez, y todos esperaban con ansiedad que llegara la sombra, la cual no tardó mucho; apenas se presentó en el bosque, una descarga cerrada retumbó hasta en el último extremo del castillo: al oír aquel ruido me estremecí; un sudor frío corrió por mi frente y llegué al sitio donde ocurría aquella terrible escena. ¡Ah!... ¡Cuál fué mi sorpresa al ver á aquellos hombres convertidos en asesinos de la inocente María!... Yo caí de rodillas delante de su cadáver; porque su alma ya se había remontado al cielo: una bala había atravesado el corazón de María.... ¡María era sonámbula!

AMALIA MORENO Y GUERRERO.

EL PESCADOR.

Ligera como un rayo
corre mi barca,

con su quilla cortando
del mar las aguas.

¡Esto es canela!

¡Vamos ganando tiempo;
vamos á fuera!

Hoy tengo la esperanza,
si Dios me ayuda,
de llevarle á mi madre
buena fortuna.

La pobre es vieja,
y quisiera ser rico
solo por ella.

Por estribor escucho
que el agua agita,
con sus ligeros remos,
una barquilla.

Mas no haya miedo,
que en doblando ese pico,
el mar es nuestro.

¡Animo, camaradas!
Otra embestida,
y la barca se queda
puesta en franquia.

Muchacho, espera;
mete ese remo, y larga
pronto la vela.

Se hincha la lona; ¡bueno!
Arria esa escota:
arrialá toda.... En banda....
Amarra ahora.

¡Buen marinero!
Ya estamos preparados:
que venga viento.

¡Singla! ¡Valiente barca!
¡Las olas hiende!
Que te empuja la popa
veloz corriente.

Pronto; muchachos;
á preparar los trastes,
que ya llegamos.

Arregla tú esas bolls,
y vamos presto
á tender nuestras redes
por barlovento.

¡Arriba! ¡hala!
sujeta tú ese cabo...
ya está en el agua.

—
¡Bravo! me pinto solo.
Arriad la vela,
y á descansar un rato
de esta faena;
hasta que luego,
llena de rica plata,
la red saquemos.

—
*Y el pescador fumando
sentado á popa,
su cancion favorita
tranquilo entona;
y el compás llevan
las olas espumantes
que pasan cerca.*

—
Mientras que la red tendida
detiene del pez la marcha,
yo con la pipa encendida
espero sobre mi barca.
¡Ay! Dios me ampare,
y me preste fortuna
para mi madre.

—
Es tanto lo que la quiero,
con tal delirio la amo,
que rabio y me desespero
el día que pan no gano.
Y si pudiera,
vendiera hasta mi vida,
solo por ella.

—
Es completa mi delicia
cuando vuelvo de la pesca,
ver cual me espera propicia
mi buena madre á la puerta.
¡Ay! madre, madre,
tus amorosos brazos
nunca me falten.

—
Cuando no tengo dinero
mi hondo pesar adivina,
y con cariñoso esmero
calmar mi afan solicita.
¡Virgen del Carmen!

Dadme, dadme pesetas
para mi madre.

—
¡Arriba, compañeros,
que el tiempo vuela!
¡Arriba! Vamos presto:
fuera pereza.

¡Vamos con bríos!
Que hoy la mar, no hay remedio,
nos hace ricos.

ANA MARÍA FRANCO.

LA LENGUA.

Estofada á maravilla, presentaron ayer en mi mesa, en ancho plato de loza sevillana, circuida de patatas y doradas cebollas, una magnífica lengua. Mi apetito, que era ayer extraordinario, porque afortunadamente los males de amor, causa de mi inapetencia habitual, habian ya desaparecido ayer de mi espíritu, y menos exigente y sobreescitado este, dispensábame por fin la honra inestimable de dejar á mi enflaquecido cuerpo, libertad para volver por sus fueros hollados y encarnecidos; mi apetito dióse por contento y bien hallado, al percibir el suave olor que del plato se esparcía, y adivinando algo de más sólido, se determinó á despreciar el aroma; se apoderó de un tasajo aún humeante, descomunal por su tamaño y exquisito por su blandura, se acordó de la Economía Política, y siguiendo impávido sus principios, dió comienzo á una operacion que fomenta la actividad de las fuerzas productoras, á una operacion que es el único fin de esa actividad; dió comienzo, en una palabra, al consumo.

Hasta ahora, dirán los que tengan la amabilidad de leer este artículo, nada de notable hay en todo eso: por más que se pretenda dar á esa operacion un colorido científico, ello es que no tiene nada de nueva; muy por el contrario, es indudablemente una de las cosas más antiguas que se conocen en el mundo.

Si esta reflexion hiciesen mis lectores, por lo menos darían una prueba incontestable de buen seso y yo me holgaría con toda la bondad de mi corazón de así reconocerlo. — Pues entonces, se me objetará, no hay nada de interesan-

te en lo que nos cuentas, y para nada nos importa.

—Paciencia, amigos míos, dejadme continuar: es el caso, que al satisfacerse mi apetito, mi pensamiento, que nunca descansa, vagaba libre en las regiones de la fantasía, y aprovechándose del intervalo indispensable que trascurría del uno al otro bocado, presentaba á mi imaginación graves consideraciones metafísicas, históricas y sociales; consideraciones que teniendo por ocasión y punto de partida un objeto tan prosaico y tan vulgar como una lengua de cerdo, se remontaban, sin embargo, de abstracción en abstracción hasta rozarse tal vez con la humanidad entera.

Según el Diccionario de la lengua castellana que tengo más al alcance de mi mano, Diccionario escrito bajo la dirección de D. Roque Barcia, lengua «es una parte carnosa y movable de la boca.» Admitiendo la significación más genuina, más concreta y menos metafórica de la palabra, habremos de convenir en que *lengua* es lo que, más ó menos claramente acabamos de definir por boca de ganso, es decir, por medio del Diccionario del Sr. Barcia.

Ya tenemos aquí, amadísimos lectores, á mi imaginación que se conforma con abstraer de la lengua, que estofada sirve de alimento al estómago, una cualidad esencial; aviénese á olvidar su procedencia; se olvida, para decirlo de una vez, del cerdo, y solo considera á la lengua como lengua en general, sin particularidades de individuo.

¡Qué vasto campo con esa abstracción sola queda abierto á la inteligencia del hombre! En el estado actual de las sociedades, ¡qué destino tan maravilloso le está reservado á la lengua! ¡Qué papel tan importante es el suyo! *Una parte carnosa y movable de la boca* está destinada á ser ¿qué digo? es ya el ventrículo de la civilización moderna. ¿Y no puede esto dar motivo á consideraciones elevadísimas? ¿No ha de dar ocasión á que la crítica, á manera de cirujano, ejercite su escalpelo?

Hoy, que tenemos libertad para decir casi todo lo que se nos antoja; hoy, que nadie nos impide disertar sobre aquello que nos plazca (aunque nosotros mismos no entendamos nuestras disertaciones); hoy, que en eso se funda

el equilibrio político, pudiéramos anunciar muy alto del uno al otro polo «que la sociedad se hace lenguas.»

Para medrar en el siglo presente se necesita sobre todo y ante todo, una buena lengua: hay que desengañarse; ella es la parte principal de la comedia del mundo; ella se ejercita incansable en el café, en las tertulias, en el Parlamento, en la plaza pública: sin ella, la sociedad dejaría de ser lo que es; sería una cosa imperfecta, un fenómeno deplorable.

Entre sorbos de café, y entre una y otra copa de marrasquino, ¡qué bien las partes carnosas y movibles de la boca se ponen en movimiento! ¡Cómo pasan revista á todas las mujeres que tienen la dignación de concedernos sus favores! ¡Qué de chismes no sacan á relucir! ¡Qué de honras no se tambalean!

Pero veamos cómo funciona la lengua, allí donde el bello sexo embalsama con su aliento purísimo la atmósfera. La lengua es entonces un conductor eléctrico: en las tertulias, las mentiras de amor se suceden las unas á las otras con celeridad increíble. A menudo, no contentándose esa dulce mitad del género humano que se llama mujer con el uso más habitual de la lengua; no bastándole como auxilio poderoso en la emisión de la voz, se vale de ella para expresarse mimicamente. Más de una vez nuestros amadísimos lectores habrán obtenido por contestación á frases de galantería, el placer inesplicable é incomprensible de ver asomar por entre los labios de una mujer adorada, y por entre doble fila de blanquísimos dientes, la estremidad de una lengua inimitable. Esa es una contestación muda, que dice sin embargo mucho; es un lenguaje misterioso y de encantos indefinibles.

Otras veces, la mujer lleva la expresión de sus aspiraciones ideales hasta el punto de recorrer, primero despacio, luego más vigorosamente toda la superficie de sus propios labios con la mitad de su lengua. Y entonces es cuando la expresión lengüística toca en su apogeo; entonces la lengua dice más que pudo decir Demóstenes en todos sus discursos.

Y esas, á manera de lamidas de que acabo de hablar, tengo para mí que deben ser muy antiguas y no comunes á la especie humana solo,

pues sabido es aquel pasaje de Lope de Vega Carpio en su inmortal *Gatomáquia*, en la que nos pinta á Zapaquilda bella á la vista de su amante,

«Lamiéndose á manera de manteca,

La superficie de los lábios seca.»

Así es que, por lo menos, en esto se parecen las mujeres á las gatas, segun el testimonio del poeta más arriba nombrado.

La lengua es, en fin, un grande elemento de vida. En las Cámaras populares, ¿cómo crecerá el diputado que no tenga una lengua perfectamente espedita para habérselas con los gobiernos? En la plaza pública, sin una buena lengua, ¿cómo ha de ser posible *arrastrar* á las masas?

El porvenir de la lengua es un porvenir de placeres interminables.

Cierto es que á veces algunos rencores las hace víctimas de la venganza.

Una mujer, cuando hubo muerto Ciceron, agujereó su lengua con alfileres. ¡Una lengua, que fué la lengua de la civilizacion romana!

Hay tambien lenguas tan acostumbradas á morder, que acaban por morderse á sí mismas.

Mucho pudiéramos decir aún de la lengua: el espíritu de nuestro siglo la ha convertido en Dios; la sociedad, como ya hemos dicho, *se hace lenguas* á toda prisa; así es que nuestra tarea no tendria término, si los limites á que debemos ceñirnos en las columnas de este periódico no nos le impusieran, y si no fuese además razon suficiente para contenernos, el cansancio presumible en nuestros lectores, cansancio producido por los mal trazados renglones de nuestra pluma, que ha sido en esta ocasion *lengua* de insustanciales pensamientos.

A. CAMPOS Y CARRERAS.

REVISTA DE TEATROS.

Album de LA VIOLETA.

Las Miserias de la aldea, comedia en tres actos y en verso, original de D. Emilio Mozo de Rosales. — Liceo Piquer.

En todas, ó en la mayor parte de nuestras revistas, nos hemos lamentado de la esterilidad teatral de la presente temporada; esterilidad relativa, si se atiende á los numerosos estrenos

que han tenido lugar, pero realmente cierta, si se atiende á la calidad de las obras, que apenas han salvado la esfera de una mediania vulgarísima.

En efecto, la temporada ha sido soberanamente infecunda.

Hemos visto mucho nuevo y poco bueno: obras que no han dejado rastro alguno en pos de sí; producciones deformes, que han aparecido en la escena con la enfermedad de la tisis, ó con una raquitis precoz.

Sin embargo, justo es consignar aquí tres ó cuatro honrosas escepciones, entre las que figuran: *Lo Positivo*, *La Corte de los milagros* y *Las Miserias de la aldea*, comedia en tres actos y en verso, estrenada en el coliseo del Principe el sábado penúltimo, y sobre la cual vamos á permitirnos un ligero exámen.

El autor de esta produccion es el Sr. D. Emilio Mozo de Rosales, escritor modesto y laborioso, conocido ventajosamente en el estadio literario.

Ya en otra ocasion, y en las columnas de otro periódico, al examinar un drama de este autor, titulado: *Préstamos sobre la honra*, dijimos que tenia ingénio y talento, y que era una lisonjera esperanza del moderno teatro español. Así lo comprendemos hoy tambien; y conocedores de su laboriosidad infatigable, confiamos en el porvenir para ver realizados nuestros pronósticos.

Las Miserias de la aldea, última obra suya que hemos visto, es una comedia versificada con espontaneidad, admirablemente típica, de sencillos efectos dramáticos y de interés creciente y poderoso.

Resalta en esta obra un pensamiento atrevido, atemperado por una sana filosofía, si bien es de suyo tan árido, que se presta difícilmente para la forma dramática. El mérito del autor, en nuestro humilde concepto, ha estado, más que en nada, en prestar corporalizacion á una idea de tan colosales dimensiones sin haberse espuesto al naufragio.

Es una idea que no cabe en la escena propiamente.

Sin embargo, el autor ha conseguido levantarla con situaciones de realce, conquistándose la atencion de los espectadores por medio de una versificación armoniosa, llena de ternura y de sentimiento.

Las Miserias de la aldea es una obra donde en cuadros bastante diversificados, se retratan fielmente las desdichas de esos pequeños centros, que por decirlo así, ocupan el fondo negro de la zapa social, de esas localidades mezquinas que marchan á nuestra espalda rodeadas de sombras, de tinieblas y de ignorancia, y cuyas dolencias son más graves cada día por el indiferentismo que encarna en los poderes públicos.

La envidia, que engendra el odio inveterado;

la avaricia sórdida y cruel; la usura, que aniquila implacablemente, oprimiendo al débil, batallan en esta obra con siniestro colorido, ponen de relieve el estado precario á que se ven reducidas las aldeas por la ceguera y por el hambre, destacan sombríamente la horrible figura de ese feudalismo abyecto y autocrático que allí domina, abrevado con las lágrimas y con el sudor del pobre.

En esta obra se condenan también los sacrificios inmoderados que hacen los padres por los hijos enviándolos á la universidad á seguir una carrera, y esponiéndose después á sufrir un desengaño acerbo cuando ya no hay remedio, cuando se han agotado completamente los bienes patrimoniales.

Esta es la parte más peligrosa de la obra; y á no estar convencidos de que su autor se propone combatir el sacrificio inmoderado, la rechazaríamos, porque en este caso lo que se condenaba era el progreso, lo que se pretendía introducir en la familia era el egoísmo adusto y sórdido, ese *yo* que todo lo esteriliza en su derredor y que presencia las trasformaciones de los tiempos, las divinas reacciones del bien contra el mal, con una espantosa indiferencia.

Hay en esta obra un tipo que resplandece de bondad y que agranda maravillosamente el conjunto.

Es el tipo del padre que se ha sacrificado por el hijo: anciano, varón lleno de probidad y de virtud, cuyo ánimo fuerte no se doblega nunca bajo el peso de las calamidades, sino que se muestra siempre esclavo de su deber. Este tipo ennoblece á la obra.

Hemos dicho que está versificada con espontaneidad y sentimiento. Para que nuestros lectores puedan cerciorarse de ello, transcribimos á continuación las siguientes redondillas del acto tercero, escena trece, en que el padre se figura que vá á ser abandonado por su hijo, y se resuelve á esperarle para darle el último adiós. Dice así:

MONZON.
 ¿Qué es el amor sin segundo?
 Los cuidados más prolijos.
 ¿Qué importan? ¡Si hasta los hijos
 Son mentira en este mundo!
 Pero no; no puede ser.
 Tanta ingratitud me aterra:
 ¡Cómo han de hacerse la guerra
 Pedazos de un mismo sér!
 ¡Oh! ¡qué loco desvarío!
 ¿Por qué me aflijo importuno
 Si Alfredo y yo somos uno,
 Y yo soy bueno, Dios mío?
 Oigo pasos; se renueva
 Mi ansiedad y mi tormento:
 Es el viento; y hasta el viento
 Creo que ya se le lleva.

Los actores desempeñaron bien su parte. Sobre todos, merece especial mención el señor Casañé, que interpretó admirablemente el tipo de un usurero de pueblo. El Sr. Casañé rayó á grande altura, y es justo consignar aquí que supo detallar su carácter como un grande actor.

Concluimos esta imperfecta reseña felicitando al Sr. Mozo de Rosales por su última obra, y esperamos para el porvenir mucho más de su talento, de su constancia y de su laboriosidad, con la íntima convicción de que hallarán recompensa sus desvelos.

No cerraremos esta revista sin hacer especial mención en las columnas de nuestro periódico de un acontecimiento notable que ha tenido lugar en el lindísimo teatro de sociedad de la calle de Leganitos, conocido bajo el nombre de Liceo Piquer.

En él se ha representado la *Norma*, ópera maestra del inmortal Bellini, gigantesca creación de un génio colosal, cuya belleza peregrina rara vez alcanza interpretación digna, aun entre los cuadros de artistas más afamados. Sin embargo, en el Liceo Piquer se ha cantado con un éxito extraordinario, con una perfección milagrosa, con una maestría admirable, que dejará siempre gratos recuerdos entre las personas que tuvieron el placer de oírla y de verla en la escena.

El Sr. Piquer, encargado de la dirección de la parte material, ha demostrado su profunda inteligencia y buen gusto artístico, lo mismo que el Sr. Ovejero, director de la orquesta, el Sr. Reventós, director de los coros, y los señores Puebla y Rincon, pintores escenógrafos que enriquecieron el desempeño de la obra con un decorado brillante.

Tan pronto como se alzó el telón, desde el momento en que la señorita Cortina empezó á entonar el aria *Casta Diva* del primer acto, los espectadores, sobrecojidos por la más dulce sensación, entrevieron el éxito feliz que se realizó más tarde, y que será siempre un florón de gloria para ese templo del arte y del buen gusto que se llama el Liceo Piquer.

La señorita Cortina, encargada del papel de *Norma*, rayó á la altura de una artista de *primo cartello*, interpretó el sublime idilio de Bellini con una bravura digna de encomios, cantó con una valentía, con un sentimiento, con una ternura tan admirable, que arrancó espontáneos y nutridos aplausos.

La señorita Cortina es artista de corazón.

Está dotada de una sensibilidad maravillosa, se inspira en la escena, levanta las situaciones con los recursos propios de un génio precoz y soberano; en una palabra, posee esa magnífica y encantadora delicadeza, cuyos graciosos giros hacen vibrar suavemente las fibras más sensibles del alma.

Con lo dicho es bastante para suponer que su triunfo en el desempeño de *Norma* fué una completa ovación.

La señorita Cortina ha nacido para ceñir la aureola del arte: su voz es rotunda, grandilocuente, armoniosa; su entonación es robusta y vibrante: su actitud es épica: su figura en las grandes situaciones adquiere una talla titánica, no pareciendo sino que Dios ha depositado en su frente los gérmenes fecundos de la inspiración y del génio, estrañamente adheridos á los gérmenes de la vida.

La señorita doña Amalia Albeniz, encargada de la parte de Adalgisa, estuvo inmejorable: posee un timbre aureo, una voz fresca, pura y vagamente vaporosa. También compartió con la señorita Cortina los honores del triunfo.

Lo mismo podemos decir de los Sres. Alzamora, Alvelda y Roca en sus papeles respectivos de Pollion, Oroveso y Flavio.—Los coros perfectamente ensayados.

Tal es, en resumen, el éxito de este acontecimiento musical, de este milagro artístico realizado maravillosamente por los esfuerzos de una sociedad particular, que, si camina siempre por tan acertada senda, llegará á ser única depositaria de la tradición del arte, hoy, que sometido á la presión de hierro del mercantilismo, se pronuncia en derrota en los teatros públicos para refugiarse en estos templos del buen gusto, abiertos por una mano noble y desinteresada.

Teniendo en cuenta esta sublime aspiración, y porque en estas reuniones ilustradas se enaltece á la inteligencia refrescando al alma que se asfixia en la atmósfera letal de la vida pública, nos ocuparemos en adelante de los trabajos artísticos del Liceo Piquer, dándolos honrosa preferencia en estas columnas.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura.—Vestido de tafetan Pompadour, guarnecido de una ancha banda de tafetan verde con un entredós de encaje en medio. Pónese en el bajo de la falda, formando la cabeza de un pequeño volante de la misma tela que el vestido. Una banda parecida sube alrededor del escote, viniendo á formar cinturón, que se anuda detrás cayendo luego á lo largo de la falda. Las mangas van guarnecidas del mismo modo. Las interiores son de encaje, y una pequeña camiseta abierta asoma alrededor de la banda que guarnece el cuerpo. Adorno de rosas y hojas verdes entremezcladas, formando grupo sobre la frente y atrás encima del cabello.

Segunda figura.—Vestido de glasé color de

lila claro. Falda lisa, cuerpo de escote cuadrado, guarnecido de una banda de terciopelo más oscuro que el vestido, con un flequito alrededor. Cintura *Médicis*, de terciopelo, con grandes cabos que caen por el lado izquierdo, ornados de la misma pasamanería. Grandes mangas blancas, sobrepuesto sobre ella el mismo fleco que guarnece todos los contornos y puño formado por una tira de terciopelo igual á los demás adornos. Camiseta de encaje. Adorno de encaje que forma capuchón la *Vallière*, flores de agua encima de la frente.

Esplícacion del pliego de dibujos que repartimos con el número anterior.

Primer lado.—Dibujos.

Núms. 1 y 2: cuello y puños bordados á realce y feston.

Núm. 3: dibujo para trencilla que puede tener aplicación para varios usos.

Núm. 4: escudo para pañuelo bordado á real y punto de armas.

Núm. 5: nombre bordado á realce.

Núm. 6: escudo para pañuelo á cordoncillo y realce.

Núm. 7: punta de pañuelo bordada á realce, feston y punto de armas.

Núm. 8: escudo á realce y ojetes.

Núm. 9: iniciales á realce.

Núm. 10: punta de pañuelo á cordoncillo, realce y feston.

Núm. 11: escudo á feston, ojetes, realce y punto de armas.

Núms. 12 y 13: nombres bordados al pasado y ojetes.

Núm. 14: dibujo de trencilla que puede formar juego con el núm. 3.

Núm. 15: pañuelo á realce y feston.

Núms. 16 y 17: cuello y puños, aplicación sobre tul.

Núm. 18: escudo al pasado y feston.

Núm. 19: escudo con letras enlazadas.

Núms. 20, 21, 22 y 23: nombres bordados á cordoncillo, realce y pasado.

Núm. 24: E. D. ojetes y pasado.

Segundo lado.—Patrones.

Cuerpo de postillon: este cuerpo, que tan en moda está hoy, es de sencillísima ejecución para las señoritas inteligentes, que encontrarán sumamente fácil sacar los patrones siguiendo las líneas que marcan cada pieza, y ejecutarle sin necesidad de otros detalles.

Por todo lo no firmado,
La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretill de los Consejos, 3, principal.



Paris Imp. r. St-Louis en l'Île St. Paul

1044

LES MODES PARISIENNES

Robes de M^{re} Ghys - Coiffures de la M^{re} Gilman - Lingerie et
Dentelles de la Couronne Royale - Corssets de M^{re} Block - Scellier - Foulards
pour robes de la M^{re} de la Malle des Indes - Chaussures de la M^{re} Douvenot - Envois
de la M^{re} de Commission Cassalle & C^{ie}

Ayuntamiento de Madrid



La Ho
el a
Mod
de d

La

A
resco
en c
verde
se pie
avella
El
sus fe
y arb
conoc
donad